

Dossier correspondiente al número 2-2009

¿Existe una problemática racial en Cuba?

En el *Dossier* de este número hemos querido acercarnos a un tópico de creciente interés en la sociedad cubana contemporánea: la existencia en la misma de la problemática racial, con sus posibles orígenes y condicionantes, sus principales manifestaciones y su probable impacto en la capacidad nacional para la inclusión social. Con este fin hemos convocado a los reconocidos especialistas en el tema **Víctor Fowler Calzada, Jesús Guanache, Rodrigo Espina Prieto, Alejandro de la Fuente y Tomás Fernández Robaina**, quienes han accedido a responder el cuestionario que hemos formulado.

La cuestión racial ha sido uno de los ejes centrales en la historia cubana, según lo ha condicionado la conformación de una identidad marcada por el encuentro sucesivo de diferentes etnias. En ese proceso se pueden distinguir dos tendencias unidas en su principio, pero opuestas radicalmente. La primera, centrípeta, de integración, de mezcla, de fusión, de incorporación de lo nuevo que llega a lo precedente, un rasgo peculiar, por otra parte, de la colonización española. La segunda, centrífuga, segregacionista, de rechazo de lo diferente y reducción de lo propio. Ha sido el balance entre ambas lo que ha delineado en Cuba el alcance y la intensidad de la conflictividad vinculada al color de la piel.

En efecto, el criollo de los primeros siglos coloniales era también negro, en tanto lo africano había encontrado espacio en la ya comenzada síntesis entre los componentes de lo español entre sí, y entre éstos y lo aborigen existente a la llegada de los europeos. Así lo indio, lo español y lo africano daban vida a lo criollo, y comenzaba a construirse la identidad local en claves de asimilación. Sin embargo, la plantación esclavista del siglo XIX afectó con crudeza la marcha de tal proceso. La llegada masiva y continua de africanos y su condición de esclavos dificultaba la rápida inserción de éstos en una cultura para la cual eran cada vez más una otredad, algo lejano y desconocido. En realidad, no se detenía el intercambio cultural, de hecho encontraba novedosas vías de expresión, pero en la racionalización de la realidad hecha por la élite que ideó la cultura nacional, el criollo y después el cubano excluía lo negro. El inicio de la República en 1902 y el reconocimiento legal de la igualdad entre las razas, heredado de los presupuestos del liberalismo independentista, no logró superar la subordinación de lo negro en la conciencia colectiva. Dicha situación sobrevive aún hoy, al menos en algunos de sus elementos básicos, a pesar de los significativos esfuerzos para revertirla encauzados a partir de 1959.

Lo anterior demuestra que ningún intento serio de comprender la realidad nacional puede ignorar hoy el lugar y las funciones en la sociedad que de hecho otorga a los cubanos el color de la piel. Mas la necesidad de su estudio no es sólo de índole metodológica, sino fundamentalmente ética. Mientras persistan y se reproduzcan barreras fragmentadoras (y a veces desgarradoras) en lo cubano, no podrá Cuba avanzar por la senda difícil, pero transitible, del consenso nacional. Consciente de que el diálogo es el punto de partida de ese camino, *Espacio Laical* invita en las siguientes páginas a dialogar con nuestros entrevistados sobre este importante tema. Prestemos atención a las afirmaciones de Jesús Guanache, Alejandro de la Fuente, Tomás Fernández Robaina, Rodrigo Espina Prieto y Víctor Fowler Calzada. Este último nos hizo llegar su solicitud de que se diera a conocer, como preámbulo a sus respuestas, "mi erizamiento cuando se pide opinión sobre discriminación únicamente a negros. Tenemos que pensar exactamente al revés: no sólo incluir al blanco dentro del problema, sino hacer visible la condición de "blanquitud" desde la óptica de todos los privilegios con los que -desde el nacimiento- viene cargada. Mientras tanto, seguimos siendo prisioneros -incluso deseando contribuir en la búsqueda de soluciones- de la enfermedad del racismo". Por respeto a su petición así lo dejamos estampado.

1. En el proceso de formación de la sociedad cubana intervinieron fundamentalmente blancos, negros y mestizos. ¿Qué ha aportado lo negro en este proceso?

- **Víctor Fowler Calzada:** No sé responder, pues la pregunta supone algo imposible, al menos en el caso cubano: que se pueda imaginar una Cuba sin "lo negro"; dicho de otro modo, la posibilidad de que exista una Cuba de "lo blanco" tan solo. Quizás el análisis de aportes, de grupos raciales, tenga sentido cuando son minoritarios de manera notable, más no cuando definen el tronco de un país, que es lo que nos ocurre a blancos de raíz hispana y a negros en el nuestro; el nivel de la presencia y de las conexiones está en un grado más alto que el aporte. No es posible imaginar la música popular cubana sin el sentido del ritmo que vino desde África, ni muchas de las formas de religiosidad

popular nuestras. También, en las comidas, se encuentra la huella de las que fueron dietas pensadas para el barracón y hay centenares de expresiones, que a diario utilizamos, que igualmente provienen de allí. El gusto por determinados colores, por ejemplo, al vestir, enlaza con imágenes que colocamos en África. Sin embargo, prefiero el escenario de las relaciones sexuales, todavía necesitado de muchísimo estudio y donde Moreno Friginals (en su célebre *El ingenio*) identificaba una influencia total; no de lo “africano” propiamente dicho, sino de la relación del blanco-amor con la negra-esclava. Hay que proponer un análisis dinámico de las relaciones culturales y entonces no se trata de grupos, congelados en su identidad, sino de choques, rayaduras, rasponazos, tropezones dulces, cuerpos lamidos, penetración y muerte, acoso, dolor; aunque también la alegría o sorpresa del parto, del nacimiento de algo nuevo para todos. Para finalizar, mis favoritos son tres elementos de carácter: la guapería (que ya venía africanizada desde Andalucía), el choteo (que Ortiz intentó demostrar que traía raíz africana) y el cimarronaje (conducta que nos define y sin la cual no es explicable nuestra desmesura política).

- **Jesús Guanche:** En primer lugar deseo agradecer a *Espacio Laical* la posibilidad de conversar sobre algunas cuestiones de la problemática racial en Cuba, fuera de su dimensión biológica, pues esta es una cuestión ampliamente superada ya, sobre todo desde que se dio a conocer el mapa del genoma humano en el 2002 y anteriormente en la propia batalla de Fernando Ortiz y otros intelectuales, desde inicios del siglo XX para demostrar que lo de la «raza» era un vil engaño, pues es harto conocido que somos una misma especie no divisibles en supuestas «razas», sino permanentes variaciones humanas en el ámbito morfológico resultado de las múltiples adaptaciones, mutaciones y obvios factores hereditarios. La cuestión racial, en su sentido problémico, tiene una raigal dimensión socioeconómica y cultural relacionada con la percepción propia y la ajena, y las ideas de superioridad de unas personas sobre otras, es decir, se despliega sobre las relaciones de poder y dominación. Esta cuestión tiene plena actualidad en el ámbito de la iniquidad social.

Este breve preámbulo me permite tratar de responder su primera pregunta, pues yo no preferiría hablar de «blancos, negros y mestizos», sino de múltiples componentes étnicos (en su justa acepción histórico-cultural, no simplemente epitelial). En Cuba debemos considerar siempre el legado cultural de nuestros primeros pobladores o nuestros primeros padres “al decir de Manuel Galich”, los mal llamados «indígenas» o «aborígenes», pues este término también “como el de «negros»” fue un invento perverso del colonialismo, fue una construcción teórica e incluso teológica para dominar y conquistar América y África. Ese legado originario le ha dado nombre al país, a la mayoría de nuestra flora, fauna y topografía, así como a un sinnúmero de rasgos de la cultura tradicional cubana. Resulta importante insistir que tampoco en África hay «negros», quizá excepto los wolof que sí llevan ese nombre, sino tantos grupos étnicos con denominaciones no relacionadas con el color de la piel, sino con otros indicadores como el origen mítico, la lengua, el territorio o su autopercepción como personas.

Debemos considerar además que tanto la presencia hispánica como la africana son ricamente multiétnicas y ampliamente mestizadas. Tanto castellanos, canarios, vascos, gallegos y catalanes, como los achanti, bini, congo, ekoi, fon, ibo, ibibio, hausa, mina, yoruba y otros tantos hasta superar los ochenta grupos humanos tienen una historia propia de complejo mestizaje biológico y cultural antes de venir o ser traídos por la fuerza hacia Cuba. Lo original e irreplicable en esta Isla fue el encuentro, voluntario o involuntario, entre unos y otras. Aquí se produjeron matrimonios étnicamente mixtos, documentalmente demostrados, impensables o poco probables en España o en África aun hoy. Por ello, identificar a una persona «mulata» sólo como si fuera mestiza es un simplismo lamentable. En Cuba hemos acumulado un mestizaje tal que nos involucra a todos sin excepción, se va por encima de cualquier color o de cualquier intento de clasificación rígida. Aquí, del mismo modo que hubo matrimonios entre gallegos y canarias, los hubo entre malinké y yoruba, es decir, personas muy distantes en sus lugares de origen, pero muy cercanas en este nuevo contexto. Lo que más sobresale precisamente a flor de piel es el mestizaje derivado de la mezcla entre europeos y africanos, de uno u otro sexos, o entre los primeros pobladores, europeos y africanos, pero el asunto es mucho más profundo y complejo. Por eso el verso de Guillén de «todo mezclado» no es una simple imagen poética, es un profundo sello de identidad nacional, es una marca informativa en nuestro ADN como grupo humano, cual paráfrasis genética, y eso caracteriza precisamente la diferencia, la identidad cambiante en el tiempo y el espacio.

En este sentido, la presencia del legado cultural africano es también mucho más que reducirlo a «lo negro», eso sería otro simplismo ingenuo. Ese legado es parte sustancial de nuestra razón de ser como país, pues abarca la formación misma de la nación, desde la primera entrada de personas esclavizadas, la construcción de la mayoría de las edificaciones, los múltiples aportes culturales, la presencia masiva en las luchas por la liberación y la necesidad de resolver la desventaja histórica que han tenido y aun tienen las personas identificadas como «negras y mulatas» pobres que aun sufren, no obstante medio siglo de Revolución triunfante, las secuelas de lo que para sus ancestros fue la esclavitud. La superación de la desigualdad, lejos de la injusticia igualitarista, debe ser un impostergable programa de la Revolución, pero en atención a las elementales diferencias.

- **Rodrigo Espina:** Lo primero que me viene a la mente con esta pregunta, es la frase de Ortiz: “Sin el negro Cuba no sería Cuba”. Dicha por Don Fernando, jurista, sociólogo, psicólogo, antropólogo, nuestro tercer descubridor y más importante científico del siglo XX y quien dominaba el idioma español como pocos, la frase cobra un extraordinario valor. Si nos enorgullecemos de ser cubanos, de los valores intrínsecos de nuestro etnos-nación, entonces habría que pensar que esa totalidad incluye también a los descendientes de aquellos un millón 310 mil africanos, según cálculos conservadores, pero fiables, que llegaron a nuestras costas, en una migración forzada por el capitalismo naciente en las tierras de América, como también, claro está, incluye a los remanentes de nuestros pueblos aborígenes, a los europeos pertenecientes a los pueblos de la actual España y de otros países, a los chinos y a otras migraciones venidas de otros lugares del mundo. Pero

la pregunta tiene lógica, es bueno hacer un balance del aporte de uno de los componentes más importantes de nuestro pueblo a la cultura nacional, a nuestra sociedad.

Pero este balance, que en su totalidad rebasaría los límites que impone esta —o cualquier entrevista— no puede hacerse sin ser radical, o sea, sin ir —y partir— de la raíz. No debe olvidarse que esa trata esclavista, “el crimen mayor que ha cometido la humanidad”, es concomitante con el desarrollo del racismo moderno que la justifica, por lo que la cultura que se fue gestando lo hizo sobre la perspectiva del hegemonismo blanco que excluyó, *de jure y de facto*, al negro. Esto implica que desde los inicios de nuestra cultura, para cualquier aporte que hiciera el negro —toda enumeración estaría trunca, pero podría ir desde de vida cotidiana, ideológico, hasta su participación masiva y decisiva, tanto como la de los descendientes de españoles y de otros pueblos, en las luchas por la independencia, desde principios del siglo XIX, o por ser parte de la clase obrera y de la campesina, sobre cuyas espaldas se estructuraba y desarrollaba la nación cubana— para todos esos aportes, repito, habría ojos ciegos y oídos sordos... y, habría que añadir, bocas mudas. Por esta razón, englobadora de procesos muy complejos, esos verdaderos aportes, no serán tenidos como tales por aquellas personas que aún participan de esa perspectiva.

-Alejandro de la Fuente: Cuando se habla del proceso de formación de la sociedad cubana en pasado, se asume implícitamente que dicho proceso ya ha terminado. Desde luego eso no es así. No es posible identificar un momento histórico de “alumbramiento” de una sociedad cubana ya formada. La idea de un parto nacional, que desde el vientre multirracial de la colonia produce, mediante las guerras de independencia, una formación social cubana, armónica y mestiza, es una invención del imaginario nacionalista cubano. Es una historieta atractiva y patriótica, buena para libros de escuela, pero una historieta a fin de cuentas.

En el proceso de formación de la sociedad cubana no “intervinieron” blancos, negros y mestizos. En el proceso de formación de la sociedad cubana “intervienen” a diario individuos que, en el proceso mismo de las interacciones sociales, se constituyen como blancos, negros y mestizos. La “raza”—la noción de que ciertos atributos físicos, transmitidos por herencia, constituyen criterios para diferenciar a las personas e identificarlas como miembros de un grupo— continúa afectando las maneras en que los cubanos se relacionan entre sí en múltiples espacios sociales, laborales, afectivos, familiares y culturales. Por lo tanto, la “raza” continúa jugando un papel activo en la formación y reproducción de la sociedad cubana. Cuando, por sólo mencionar un ejemplo concreto, el administrador de una entidad turística niega un trabajo a una persona porque carece de “buena apariencia”—es decir, por no ser blanco— contribuye directamente al “proceso de formación de la sociedad cubana.” Una sociedad en la que ciertos espacios ocupacionales están reservados, de manera informal, pero estadísticamente importante, para los miembros de un supuesto grupo racial. Decisiones como esta, a su vez, producen consecuencias y conductas que influyen en la manera en que los blancos, negros y mestizos contribuyen al “proceso de formación de la sociedad cubana.” Los que son excluidos de los empleos más atractivos tienen pocas opciones. O se buscan la vida en sectores económicos que pagan en la devaluada moneda nacional, con las implicaciones que esto tiene en cuanto a niveles de vida, o participan en la economía dólar/CUC a través del sector informal. Es decir, a través de actividades de dudosa legalidad —como la venta de productos “conseguidos,” “luchados,” “resueltos”—o de abierta ilegalidad, como el proxenetismo y la prostitución.

Es a través de decisiones individuales como esta, supuestamente aisladas e inocuas, que los cubanos de distintos colores (o “razas”) contribuyen a crear desde la cotidianidad una sociedad racialmente desigual, en la que ciertos sectores y espacios adquieren una dimensión racial específica. Los negros son ladrones, los blancos empresarios. El hábitat natural de los negros es la prisión. El de los blancos, la oficina climatizada. Es así, también, como se producen las “razas” a diario, en actos pequeños, imperceptibles, en apariencia aislados. Cuando el administrador de la entidad turística rechaza al aspirante por su alegada falta de “buena apariencia,” produce al “negro,” es decir, produce un “otro” supuestamente diferente e inferior y le inyecta un cierto contenido social a esa “otredad.” En este caso el contenido es claro: “lo negro” es la falta de buena presencia, es lo estéticamente feo, es lo socialmente indeseable. Este “negro”, que ha sido socialmente producido, es obligado a buscarse la vida como ladrón o “jinetero,” es decir, es obligado a actuar como “negro.” Al hacerlo, reproduce el saber que lo creó: si es “jinetero” es porque es negro; si es ladrón es porque es negro. Los negros son jineteros; los negros son ladrones; los negros son feos. Estas ideas pasan a formar parte del sentido común, de la cultura popular. El administrador de la unidad turística que utilizamos como ejemplo rechaza al candidato negro porque sobreentiende que, por ser negro, es también feo, jinetero y ladrón. El ciclo se completa, para solo comenzar de nuevo, tan pronto llegue un nuevo candidato negro en busca de trabajo. El racismo es una ideología circular, que crea las mismas lacras sociales que pretende justificar y explicar.

Nada de esto es nuevo, desde luego. Aun después de la abolición de la esclavitud, en la sociedad cubana siempre hubo espacios y actividades sociales asociados con uno u otro grupo racial. En la Cuba pre-revolucionaria, por ejemplo, existían sectores económicos (la banca, por nombrar uno), ocupaciones (oficinas y comercio minorista) y espacios públicos y privados (parques, hoteles, clubes, playas, restaurantes y cabarets de lujo) que estaban racialmente segregados y que tenían, por lo tanto, un fuerte contenido racial. Estos espacios eran blancos: refinados, elegantes, sofisticados, cultos. La asociación entre lujo y raza (blanca) era tan fuerte que, al decir del periodista Gustavo Urrutia, bastaba con que un lugar fuera lujoso para que los negros se abstuvieran de visitarlo, sabiendo que no eran bienvenidos. En el otro extremo del paisaje social —en los solares, en los barrios marginales y en los empleos peor remunerados, como el servicio doméstico— predominaban los negros. La raza, para decirlo en pocas palabras, ha jugado un papel central en la formación social cubana desde la colonia. Pero es importante destacar que este proceso, además de tener una larga y triste historia, tiene también una historia reciente. Y que el proceso de formación de la sociedad cubana no es un proceso terminado, sino corriente.

Un elemento constante en ese proceso ha sido la resistencia de la población negra, que nunca ha aceptado callada y resignadamente una posición social subordinada. Este es su aporte fundamental a la nación cubana, una nación que no puede ser concebida sin los afrodescendientes. Pero es un aporte que muchos cubanos no conocen en toda su magnitud, que es mucho mayor que lo que indican los ejemplos, icónicos, pero limitados, del panteón nacionalista cubano, con Antonio Maceo a la cabeza. ¿Cuántos cubanos conocen los escritos y actividades de Rafael Serra, el compañero y amigo de Martí? ¿Cuántos han escuchado hablar de escritores y periodistas como Angel Pinto, Gustavo Urrutia, Manuel Cuellar Vizcaíno, o Felipe Elosegui? ¿O de políticos como Lino D’Ou, Juan Felipe Risquet, Generoso Campos Marquetti, Aquilino Lombard Thorndike y los generales Agustín Cebreco y Jesús Rabí? ¿Cuántos conocen la obra artística de Alberto Peña y de Teodoro Ramos Blanco? No digo que cada uno de estos individuos merezca un lugar en el santoral cubano, o que sus trayectorias públicas fueran siempre ejemplares. Pero mientras el altar patrio está lleno de racistas acérrimos (José Antonio Saco y Jorge Mañach vienen de inmediato a la mente) y de esclavistas como Francisco de Arango y Parreño y Carlos Manuel de Céspedes, la mayoría de los cubanos apenas conoce a José Antonio Aponte. El humilde artesano negro, el primero en hacer un llamado por la independencia de Cuba, permanece olvidado. La suya no es una lucha que pueda ser subsumida en la narrativa oficial de los cien años de lucha.

2. ¿En qué medida intentó cambiar la Revolución la discriminación racial que subsistía en Cuba el 1° de enero de 1959? ¿Considera Usted que las personas negras, hasta entonces marginadas, supieron aprovechar al máximo las oportunidades que se les abrieron?

- **Víctor Fowler Calzada:** En todas sus dimensiones, y recuérdese que nos referimos a “la discriminación racial que subsistía en Cuba el 1° de enero de 1959”. La Revolución hizo a los cubanos, sin distinción de razas, iguales ante la Ley, para el disfrute de los espacios públicos, para el acceso a la educación y a los servicios de salud, así como dentro del universo laboral. Además de ello, las continuas declaraciones de figuras políticas y sociales en cuanto a la igualdad, así como la realidad de tareas de construcción o defensa de la nueva sociedad, generaron una atmósfera de transformación para las relaciones raciales en el país. Junto con ello, subsistió la más enconada forma de racismo que pueda tener cualquier sociedad: la cultural (de las percepciones, del chiste, del lenguaje, de la representación, del prejuicio, del erotismo, que corresponde a las mentes).

En cuanto a lo segundo, nunca los grupos subordinados están en condiciones de aprovechar “al máximo las oportunidades”, pues la oportunidad suele ser sutil, enrevesada, necesitada de cálculo y proyección hacia el futuro. Cuando tanto dicha capacidad de conectar, desenredar tejido y avizorar futuro es lo que les ha sido secuestrado. La subordinación sólo tiene sentido como duración, de modo que las dominaciones precisan de subordinados eternos y así se les fabrica. ¿Cómo esperar, entonces, que de un día para otro, con ocasión de alguna fecha histórica (léase aquí el triunfo revolucionario del 59), el procedimiento cambiara?

En este sentido, la Revolución propuso un gran cambio y ganó dos culpas. La primera, que mezcla pudor con temor, fue la de haber sepultado la discusión sobre el racismo cultural y, con ello, haber perdido la oportunidad de corrección continua de los errores gracias a una adecuada señal de retorno, que debía de haber provenido de los espacios públicos de opinión y debate. La segunda, no haberse planteado la necesidad de introducir estímulos adicionales para intensificar el uso de la oportunidad por parte del sector “negro” de los grupos subordinados.

- **Jesús Guanche:** No es discutible el gran esfuerzo que ha hecho la Revolución cubana desde los primeros meses del triunfo para tratar de resolver el estigma de la discriminación racial. De ese esfuerzo se han beneficiado muchas personas, lo discutible en este caso son los resultados. Se hicieron esfuerzos y se cometieron errores, uno de ellos fue pensar que con programas de educación sistemática y masiva se resolvería el problema y lo peor fue darlo por resuelto en poco tiempo. Como bien conocemos, la educación en su acepción integral devino más instrucción fragmentada hacia la preparación disciplinar y no hacia los valores éticos de la civilidad socialista. El problema no era borrar de un tajo la moral y cívica, calificadas de «burguesas», sino considerar inteligentemente cuáles son los valores universales de convivencia cotidiana para cualquier sociedad humana en determinado estadio de organización. Especialmente para un proyecto de liberación nacional inspirado en lo mejor y en la continuidad del ideario martiano, tal como había expuesto Fidel en el programa del Moncada.

Todavía recuerdo con dolor aquella frase de Carlos Rafael Rodríguez cuando decía, con razón: «somos un pueblo muy instruido, pero muy mal educado», y eso aun es una amarga verdad. No lo digo como ciudadano de a pie que soy, sino como profesor universitario hace más de 30 años. Eso también lo vi con muchos jóvenes en Moscú que no sabían cómo comportarse en una mesa, entre las cosas cotidianas que no sabían hacer. En contraste, por ejemplo, con el esmerado trato interpersonal que se observa en la República Dominicana, donde el nivel general de instrucción es aún bajo. Tampoco ha sido raro que el léxico delincuencial en Cuba haya sido homologado por los lingüistas con el léxico universitario, no por la ilustración de los primeros, sino por la vulgaridad de los segundos.

Para nadie es secreto que la desigualdad se reproduce a nivel familiar e intergeneracional. Si bien el gobierno revolucionario ofreció miles de oportunidades, hubo muchos que la aprovechamos y nos hicimos doctores gracias a la Revolución, junto con el esfuerzo personal que esto conlleva, pues hacer un doctorado, una maestría o una licenciatura no es un regalo, es un denodado trabajo. También hubo otros que la dejaron pasar y es cierto que la mayor parte ha estado compuesta por los sectores sociales más humildes, es decir por «negros y mulatos». Pero no sería justo acusar a priori a personas y familias que ni siquiera tenían un proyecto de vida, pues la vida cotidiana ha sido tratar de trabajar o hacer cualquier cosa para comer y llegar vivos al otro día. Hay múltiples factores causales que es necesario valorar y repensar para

desentrañar cómo se reproduce el problema sin que muchas veces se tenga conciencia de ello. El inicial proyecto de vida para muchas de estas personas fue precisamente la Revolución.

En todo esto ocupa también un lugar estratégico el valor del trabajo como medio para el desarrollo personal, familiar, social, nacional e internacional y no como fin en sí, junto con el valor ético de la honradez para ganarse la vida de modo útil sin la opción de delinquir. Tampoco debemos olvidar que gracias a la «educación» y a otras muchas «tareas» y «orientaciones» se quebró uno de los pilares fundamentales de cualquier cultura de nivel organizativo estatal, me refiero al linaje laboral de los sectores campesinos y obreros, un linaje creado y fomentado durante muchas generaciones. Décadas antes del denominado Período Especial, ni el campesinado ni el proletariado, que se reproducía biológicamente y culturalmente, se encontraba en condiciones de garantizar su reproducción laboral y productiva, es decir, social. Este es un problema tan grave que habrá que trabajar muy duro durante generaciones para revertir el impacto en el orden de la cultura laboral. Todo ello tiene que ver con el aprovechamiento o no de oportunidades en un modelo sociopolítico que se propone el pleno empleo y la protección a los derechos elementales de las personas, pero aun son muchos y muchas que no quieren trabajar para el Estado.

Todavía hoy la oportunidad de estudiar es poco atractiva cuando muchos jóvenes, de cualquier color, saben que luego de graduados el salario no les va a alcanzar para la subsistencia más elemental. Si lo comparan con América Latina o con los países del ALBA, saben que el salario que reciben es varias veces menor de nuestros vecinos del Sur. Otros emplean sus respectivos títulos universitarios como pivote para la emigración laboral internacional y luego se califica como «robo de cerebros» y no como expulsión de cerebros por falta de salarios que estimulen el trabajo.

Para resolver estratégicamente este gran problema, el salario debe dignificar el trabajo y no envilecerlo, debe ser placer y no pesar, debe ser motivo para vivir con honradez y no acicate para inventar desvíos, trasiegos y otras tantas «soluciones» alternativas a la legalidad, pues “como dice la sabiduría popular” «lo que no está prohibido es inmoral, ilegal o engorda». Por ello, el aprovechamiento de oportunidades no puede siempre achacarse al «color», sino a los métodos y a las condiciones del desarrollo alcanzado por el modelo cubano.

- **Rodrigo Espina:** Un hecho es cierto, la identificación temprana del problema racial como uno de los primeros a los que debería dar solución la Revolución. La situación de la que se partía para esta conclusión respondía a los casi 500 años de historia conocida desde el inicio del proceso de conquista y colonización de la Isla, la intervención norteamericana y los años de república neocolonial.

Desde antes del triunfo revolucionario, el problema aparece en documentos programáticos de la Revolución y después del triunfo, en los primeros discursos de los dirigentes fundamentales, que produjeron un debate político en su momento, de tal manera que, junto a aspiraciones de igualdad entre los diferentes grupos por color de la piel, como reflejo de una ideología antirracista esgrimida por lo mejor del pueblo cubano, conformaron un cuerpo de ideas desestructurador del racismo, que cristaliza en la Constitución de la República de Cuba en 1976, la cual estableció que se proscribe y sancionaba “la discriminación por motivo de raza, color, sexo u origen nacional”. Asimismo, en el terreno legal, se toman medidas que benefician a los sectores populares; como ejemplos pueden citarse: la rebaja de alquileres, reforma agraria, política de pleno empleo, extensión gratuita de los servicios de salud a toda la población, universalización de la educación, que incluye la campaña de alfabetización, eliminación de exclusivismos raciales en instituciones de la burguesía, que se nacionalizan y se ponen en función de todo el pueblo; muchas de estas medidas se han venido profundizando y acendrando, si pensamos en medidas como la universalización de la enseñanza, entre otras.

Estas medidas de carácter universalista, que provocaron cambios profundos en la estructura socioclasista del país, implicaron, también, una política social de equidad racialmente indiferenciada, así como, en el plano ideológico, el desarrollo de la concepción de que el racismo era sólo una herencia de los períodos anteriores, por lo que se iría eliminando en la medida que el socialismo en Cuba se profundizara.

En este álgido proceso, muy difícil de reflejar en estos renglones, y que continúa hasta nuestros días, las masas populares, conformadas en gran medida por la población negra y mestiza, se involucraron desde sus inicios y comenzaron a ocupar escenarios que antes les eran vedados o que no existían, en centros de trabajo y estudiantiles, en organizaciones políticas y de masas, en el deporte, en la cultura.

De esta forma, muchas de las distancias existentes entre los puntos de partida de los diferentes grupos raciales, se han ido reduciendo, como es el caso de la educación, aspecto fundamental para los procesos de movilidad social, aunque subsisten determinadas desigualdades por niveles y tipos de enseñanza entre dichos grupos.

- **Alejandro de la Fuente:** El verbo subsistir puede ser engañoso, pues sugiere que la discriminación racial era un mal social que perduraba y se mantenía con vida, pero que de alguna manera venía de un pasado remoto y que estaba, quizás, llamado a desaparecer. En realidad, la “raza” tenía una incidencia clara, como señalé anteriormente, en las oportunidades de vida de los individuos en la sociedad republicana. Los intelectuales y activistas negros lo dijeron claramente en repetidas ocasiones: “Cuba es, quiéranlo o no los ilusos y los teorizantes de la cubanía, una democracia racista donde el prejuicio racial está presente y se refleja en todas las manifestaciones de la vida social y, naturalmente, en sus instituciones políticas y jurídicas,” señaló Ángel Pinto en los años 30. “Aquí, hasta Dios es discriminador,” el político comunista Salvador García Agüero espetó ante los perplejos delegados a la Asamblea Constituyente de 1940. Unos años más tarde, en su propuesta legislativa contra la discriminación, el senador Aquilino Lombard Thorndike lo diría nuevamente: “La primera entidad racista cubana es el Estado.”

Lombard Thorndike tenía razón en destacar la importancia del Estado y la necesidad de la intervención estatal en la lucha contra la

discriminación. Los comunistas, que habían sido abanderados de esa lucha desde los años 30 y promovido a militantes negros y mulatos a posiciones de liderazgo y poder como ningún otro partido (el propio García Agüero, Lázaro Peña, Jesús Menéndez, Nicolás Guillén, Esperanza Sánchez Mastrapa, Blas Roca, Severo Aguirre), coincidían en este aspecto con Lombard y con otros políticos negros: la acción estatal era imprescindible en la lucha por la igualdad racial. En la Constituyente del 40 los comunistas llegaron incluso a defender la necesidad de establecer cuotas raciales para garantizar la participación de negros y mulatos en aquellos sectores económicos en los que estaban excluidos. “La desigualdad en el trato social no se mejora con declaraciones abstractas sobre la igualdad y la fraternidad,” explicó el secretario general del Partido Comunista, Blas Roca, “Aquí, para corregir la desigualdad, no hay otro remedio que tomar una medida desigual, ‘forzando’ a emplear una determinada cantidad mínima de negros en tales comercios.” En la década del 40, los clubes afrocubanos, representados en la Federación Nacional de Sociedades, apoyaron con frecuencia los esfuerzos de los comunistas para aprobar una ley contra la discriminación racial. Es decir, entre los políticos negros, cualquiera que fuera su orientación ideológica, existía una especie de consenso de que la acción estatal era indispensable en la lucha contra la discriminación.

No es casual, en consecuencia, que al triunfar la Revolución de 1959 muchas de estas voces se alzaron para exigir pasos y políticas concretas contra la discriminación racial. No es que después de 1959 “se les abrieran oportunidades” a las personas negras. Es que los negros demandaron la atención del gobierno revolucionario y lo presionaron para que creara dichas oportunidades. La visión de un gobierno que, desde arriba, creó oportunidades para los de abajo es una visión elitista y distorsionada. Esto puede ser demostrado. Apenas unos días después del triunfo de la Revolución, varias voces reclamaron atención al tema racial. Los comunistas exigieron una “política real y eficaz contra la discriminación racial” en la primera edición de su diario *Noticias de Hoy*, que reapareció el 6 de enero de 1959. Desde la Federación de Sociedades, el abogado Juan René Betancourt destacó en varios artículos de prensa que el racismo no desaparecería por sí mismo y reclamó justicia para los negros. El movimiento obrero, en el que los negros tenían una fuerte representación, exigió también medidas contra “la abominable discriminación racial.”

Estos reclamos encontraron oídos receptivos en la dirección del movimiento revolucionario que, a pesar de su origen social y composición racial, comprendió desde muy temprano que la Revolución sólo podría consolidarse y subsistir con el apoyo masivo y entusiasta de los sectores populares, donde los negros y mulatos estaban muy bien representados. Las grandes transformaciones que tuvieron lugar entre 1959 y 1961 se hicieron en beneficio de “los humildes,” pero muchas tuvieron un impacto racial inmediato. Por ejemplo, la nacionalización de las playas en abril de 1959 puso ese recurso al alcance de todos los cubanos, pero especialmente al alcance de los cubanos negros, previamente excluidos de las playas privadas y segregadas. La nacionalización de la enseñanza en 1961 asestó un golpe demoledor al racismo: las escuelas privadas, particularmente las de segunda enseñanza, constituían un bastión de la segregación y desigualdad raciales en Cuba. Por último, aunque no lo último, la creación de un registro laboral en 1960, controlado por el Estado, abrió oportunidades de trabajo para los aspirantes negros en sectores que anteriormente eran solo para blancos. La nacionalización del sector privado en 1961 no hizo sino acelerar este proceso, dado que la distribución de empleos pasó a manos del Estado. La regulación estatal de los salarios, en cambio, contribuyó de forma inmediata a reducir las desigualdades en el ingreso. Otras formas de desigualdad fueron erosionadas a través de la socialización de la educación, la salud y otros servicios sociales. La emigración masiva de las élites y de la clase media alta facilitó el proceso.

El impacto de estos programas solo puede ser calificado de revolucionario. Como he expresado en numerosas ocasiones—frecuentemente ante audiencias incrédulas—hacia fines de la década del 70 la sociedad cubana había logrado reducir sustancialmente las desigualdades raciales en una serie de indicadores cruciales. La esperanza de vida (un indicador de bienestar que refleja el acceso a la salud, la nutrición y la información), por ejemplo, era prácticamente idéntica para blancos y negros o mestizos. La proporción de graduados de la enseñanza media era de hecho superior entre los negros, lo cual sugiere que los mismos habían hecho un uso ejemplar de las nuevas oportunidades en el campo educacional. La proporción de negros y mestizos en las profesiones y los servicios profesionales era similar a la de los blancos. Es decir, la Cuba post-revolucionaria había dado pasos sólidos hacia la eliminación de las desigualdades raciales (y de otras desigualdades sociales). El éxito, sin embargo, se concentró en aquellas áreas (nutrición, salud, educación, empleo) que constituían prioridades para el gobierno y que recibieron, en consecuencia, un financiamiento generoso y sostenido. En áreas no priorizadas como el acceso a la vivienda y la administración de justicia, las experiencias de vida de los cubanos negros y blancos continuaban siendo profundamente desiguales. Pero la evidencia disponible es incontrovertible: la población negra y mestiza creó e hizo uso de cada oportunidad posible para ascender en la estructura social y lograr la paridad.

3. La crisis económica iniciada en nuestro país tras el derrumbe del campo socialista agudizó las diferencias sociales entre los cubanos. ¿Cree usted que aumentó también las diferencias entre los sectores raciales?

- **Víctor Fowler Calzada:** Si se toma en cuenta el hecho de que una de las compensaciones que la crisis tuvo, en la población cubana, fueron las remesas enviadas desde el exterior del país, y que la mayor parte de la emigración anterior estuvo compuesta por individuos de la raza blanca, entonces es claro que las diferencias aumentaron y fueron individuos de la raza negra los más perjudicados en las nuevas coordenadas. Como detalle agregado, incluso cuando el componente racial varió, a partir de 1980 (Mariel), lo principal —a propósito de lo que hablamos— es averiguar hasta qué punto los emigrantes de raza negra han podido ascender en la pirámide social de los países que los han recepcionado y, en consecuencia, hasta qué punto han estado en condiciones de aliviar (mediante el envío de remesas) las condiciones de vida de sus familias en Cuba. El segundo factor para el aumento de las diferencias es ya puramente nuestro, corresponde a las manifestaciones de

racismo cultural perviventes y está referido a la sobre-representación de individuos de la raza blanca en los sectores de economía emergente (donde el trabajo conlleva gratificación en divisas).

- **Jesús Guanche:** Prefiero no hablar del supuesto «derrumbe del campo socialista», pues si aquello hubiera sido socialismo, en su proyección marxista y especialmente leninista, debido al contexto de esa parte de Europa del Este, no se hubiera caído. Aquello era otra cosa más cercana al monopolismo de Estado o al Estatalismo centralista, una especie de neofeudalismo discrónico ancianizado, que a un modelo de apoyo y participación popular consciente y en permanente renovación. A mí no me lo contaron ni fue simple bibliografía, pues hice el doctorado allí y conocí el proceso de manera vivencial, desde dentro. Comparto el punto de vista de Eduardo Galeano cuando despedía el supuesto entierro del socialismo europeo: «Estos funerales se han equivocado de muerto». Es preferible acabar de convencerse, aunque duela, como dijo el referido autor, que simplemente fue «una estafa histórica». Por eso hay que seguir muy de cerca los avances y los peligros del socialismo del siglo XXI para insuflarlo de una latinoamericanidad/caribeña original e irrepitible. También conocer las peculiaridades del modelo chino o del vietnamita. Sobre todo para no repetir errores que resultan en extremo costosos. Para no estafarnos a nosotros mismos y llegar a la autofagia.

Independientemente de cómo se le llame al derrumbe o, al decir de Fidel, el «desmerengamiento» del modelo fallido de Europa del Este, la crisis cubana de los 90 se movió en un delicado péndulo de apertura y apretura que obviamente agudizó las diferencias sociales entre unos sectores y otros, pero que no fueron consecuencia inmediata del derrumbe europeo, sino que venían en plena cocción desde los años 60. No olvidemos la creación de un superaparato administrativo estatal, entonces «confiable», que ha sido la génesis de los posteriores «macetas» y adinerados ilegalmente, los hoy llamados «nuevos ricos», junto con una inmigración interna que ha sido la génesis de una multiplicada marginalidad urbana y suburbana en las principales ciudades, me refiero a las que tienen un saldo migratorio neto positivo. Esto para hablar de casos evidentes y extremos, con toda la trama de matices que ello implica.

La crisis de los 90 puso en primer plano el problema de la desigualdad ante la grave situación de la economía y sus múltiples implicaciones sociales y políticas, pues en una situación como ésta también está en juego la gobernabilidad de cualquier país, ya que la economía no está divorciada de la sociedad y mucho menos de la política, por ello resulta poco serio hablar solo de crisis económica y mucho menos coyuntural, sino estructural, como bien han demostrado las ciencias sociales. Esta ha sido una importante página dramática de nuestra historia reciente, que por un lado marca la alta capacidad de resistencia de la población cubana como manifestación de apoyo a su Revolución y la habilidad de manejo de la dirección del país para no sembrar el pánico y hacer más grave la crisis, hasta revertir tal situación. También señala que la población cubana más humilde, especialmente la identificada como «negra y mulata» es la que más ha sufrido y aun sufre el impacto de la crisis y hay muchas maneras de evidenciarlo.

El crecimiento de la prostitución de jóvenes negras/os y mulatas/os, me refiero a los dos sexos y a las diversas opciones de género, a los Eleguá de compañía que compiten con el mejor de los guías turísticos, a los pseudo-rastas que, con sus atributos externos, se dedican a cazar turistas de cualquier origen para buscarse la vida. Esto también salió a la luz en el estudio sobre el acceso a las divisas o al actual CUC (peso cubano convertible). Mientras la población identificada como «blanca», mayor receptora de las remesas familiares, acudía con más frecuencia a las tiendas a comprar efectos electrodomésticos de larga duración (televisión, lavadora, refrigerador...), la población tenida como «negra y mulata» acudía a comprar productos de primera necesidad (aceite, detergente, jabón, tomate, sazónador...), lo que marca con fuerza las diferencias y se puso en cifras en el censo del 2002. Las medidas igualitaristas efectuadas no van a resolver el problema, sino a reciclarlo y luego a reproducirlo, pues quienes no conocen una olla arrocera, por ejemplo, o no pueden pagar la electricidad que consume la venden o la cambian. Esto no es una posibilidad, sino un hecho que conocen muy bien las investigaciones sociales, pero las decisiones no siempre coinciden con los resultados del quehacer científico. Por ello pienso que los estudios que se hicieron sobre este asunto en Ciudad de La Habana, Villa Clara y Santiago de Cuba deben continuar en el resto del país, pues el país no es igual a la suma de estas tres ciudades, ni se puede generalizar como un todo lo que muestra una pequeña parte del problema.

Generalmente las medidas contra los efectos de un problema dejan intactas sus causas que vuelven a emerger de otro modo. Eso es lo que el humor popular sabiamente denomina «botar el sofá».

- **Rodrigo Espina:** Las grandes desventajas que implicaban los puntos de partida de los grupos diferenciados por color de la piel, no pudieron ser borradas en su totalidad durante los primeros treinta años de Revolución. En este sentido, la crisis económica de los 90, y la reforma que implica, acentuaron esas brechas y fueron creando nuevos espacios para su desarrollo, como pueden ser la presencia mayoritaria de blancos en los sectores emergentes de la economía –turismo, firmas- mayor presencia de negros y mestizos entre los obreros del sector no emergente, el acceso a remesas del exterior –caracterizadas por la composición por color de la piel de la emigración cubana y por la posición que ocupan en las estructuras socio clasistas de los países receptores, entre otros aspectos. Estos elementos de carácter objetivo, inciden en las representaciones sociales que se tienen sobre los grupos por color de piel, pudiendo reforzar en muchos casos el prejuicio racial, conformando una especie de serpiente que se muerde la cola, donde las causas se convierten en consecuencia y viceversa.

- **Alejandro de la Fuente:** Uno tendría que preguntarse, entonces, por qué, a pesar de los niveles de igualdad alcanzados por la sociedad cubana en los 80, el llamado Periodo Especial provocó un incremento, significativo y visible, de las desigualdades raciales. Esto no parece ser debatible: entre otros efectos sociales indeseables, la crisis económica y social de los 90 tuvo efectos racialmente diferenciados, particularmente en los ingresos y el acceso a puestos de trabajo en los sectores de la nueva economía dolarizada (turismo, corporaciones

mixtas). Los 90, además, fueron testigos del renacimiento de un racismo virulento, sin máscaras, que abiertamente proclama la inferioridad de los negros y sus supuestos defectos.

Hay un grupo de investigadores que ha estado trabajando en estas cuestiones durante los últimos 10 ó 15 años. Sus resultados apuntan claramente a la importancia de varios factores. En primer lugar, la dolarización de la economía a partir de 1993 incrementó inmediatamente las diferencias raciales por el sencillo hecho de que la comunidad exiliada cubana —fuente de las importantes remesas familiares— es mayoritariamente blanca. Un estudio realizado en el año 2000 concluyó que mientras un 44 por ciento de los hogares habitados por blancos recibían remesas, esto ocurría en solo un 23 por ciento de los hogares habitados mayoritariamente por negros o mestizos. Investigadores cubanos del Centro de Antropología han estimado que entre 1996 y el 2002 la probabilidad de recibir remesas era 2.5 veces mayor entre los blancos que entre los negros. Dado el distorsionado poder de compra que el dólar (o de su transmutación criolla, el “cuc”) tiene en el mercado cubano, el efecto de esta disparidad en los ingresos y el bienestar de los distintos grupos raciales ha sido simplemente devastador.

Pero aún hay más. La población negra no sólo ha estado en desventaja con respecto a las remesas, sino que ha enfrentado serias dificultades para acceder a puestos de trabajo en el sector turístico o en las llamadas empresas mixtas. La información disponible sobre este asunto es limitada, pero apunta hacia una sola dirección: los negros están seriamente subrepresentados en estos sectores. Esto, además, es algo conocido y aceptado por muchos cubanos. Cuando una encuesta realizada en 1994 preguntó si los cubanos negros y blancos tenían las mismas oportunidades de obtener un trabajo en el turismo, la mayoría—incluyendo la mayoría de los entrevistados blancos—respondió negativamente. Los investigadores del Centro de Antropología han estimado que los negros representan sólo un cinco por ciento de la fuerza de trabajo en el sector dolarizado. Como expresó un cantante negro entrevistado en 1994: “Las empresas de turismo parecen empresas de África del Sur en los tiempos de Pieter Botha; tú vas allí y todos son blancos, y yo me digo: ¿Dónde estoy, en Holanda?”

A diferencia de las remesas, que generaron desigualdades raciales por razones históricas más allá del control gubernamental, las desigualdades raciales en el acceso al sector turístico y empresarial dolarizado son, para decirlo sin ambages, un fruto del racismo. Esas diferencias han sido producidas por las acciones discriminatorias de un grupo de administradores y cuadros blancos que, conscientemente, ha hecho lo posible por excluir a posibles aspirantes negros de estos trabajos. Peor aún, dicha exclusión no podía ser justificada utilizando el argumento de la educación. Cuando se produjo el llamado Periodo Especial, la población negra cubana tenía niveles de educación similares a los blancos (además, no hace falta completar una maestría para preparar un mojito). Por ello, los nuevos empresarios han tenido que inventar criterios estéticos y culturales para excluir a los negros, alegando que para trabajar en el sector es necesario tener una “buena presencia,” una apariencia personal agradable, lo cual, en el imaginario racial cubano, significa ser blanco. Existen numerosísimos testimonios y anécdotas de personas negras que, a pesar de sus calificaciones, no logran un puesto en dichas corporaciones por no tener un “porte adecuado” o que son separados de sus puestos por ser negros. Muchas de estas decisiones son tomadas sin reconocer abiertamente, desde luego, que las mismas tienen un fundamento racista. “Yo conozco a un capacitador de animación turística que no acepta negros,” expresó una persona entrevistada por los investigadores Rafael Duarte y Elsa Santos a mediados de los 90. “Él no dice que no quiere negros, pero los requisitos que pone para ese trabajo no los cumple un negro.” Hay casos, sin embargo, en que los responsables de estas decisiones no esconden su desdén por los negros. “Hace unos días,” comentó la gerente, blanca, de un establecimiento turístico, “un representante de una corporación de turismo dijo en público que él no quiere negros en su corporación, porque ‘el negro nunca termina lo que empieza’.”

El renacimiento de estas ideologías y prácticas racistas en la Cuba de los 90 demuestra, desdichadamente, que la Revolución fracasó en su lucha por extirpar dichas ideas del imaginario y la cultura cubanas. Al proclamar, desde principios de los 60, que Cuba había eliminado la discriminación y resuelto el llamado problema racial, las autoridades revolucionarias desestimularon o incluso proscribieron cualquier debate abierto sobre el tema. Como es sabido, el gobierno asumió que los cambios estructurales producirían, automáticamente, cambios en la conciencia social y que, en consecuencia, las nuevas generaciones de cubanos, formados en un ambiente igualitario, rechazarían el racismo como una patraña de las sociedades de explotación. Aunque algunos de los cambios previstos tuvieron lugar, las ideas y estereotipos racistas no desaparecieron, sino que se ocultaron en espacios familiares e interpersonales, donde continuaron afectando las decisiones y preferencias de muchos cubanos. Existen numerosísimos testimonios de individuos nacidos bajo la Revolución que declaran haber recibido en el seno de sus familias una educación esencialmente racista. Mientras, por una parte, las consignas oficiales repetían que todos los cubanos son iguales, estas personas aprendían en sus casas que las diferencias raciales sí existen. De sus mayores escuchaban, por ejemplo, que es importante tener en cuenta la raza de una persona a la hora de escoger pareja, que es importante “mejorar la raza,” o que es aconsejable evitar ciertos lugares o barrios de negros. En el mejor de los casos, escuchaban chistes y aforismos racistas que hubieran hecho sonrojar al mismísimo Marqués de Gobineau. Estas ideas, apenas visibles en la esfera pública antes de los años 90, estaban adormecidas, quietas, archivadas en la conciencia social, a la espera de una coyuntura política y social favorable. Cuando en los 90 fue necesario competir por los escasos recursos disponibles, dichas ideas fueron movilizadas para justificar la exclusión de los negros y mestizos de los beneficios de la nueva economía dolarizada.

4- ¿Aprecia usted hoy en Cuba manifestaciones preocupantes de rechazo del blanco hacia el negro y del negro hacia el blanco? ¿Cree que puede hablarse de una problemática racial en nuestro país? ¿Cuáles serían sus causas?

- **Víctor Fowler Calzada:** Las causas de la problemática racial cubana (con lo cual doy por hecho que la hay) están tanto en la historia distante (como es absolutamente normal que suceda en un país que fue construido encima de la esclavitud), en la continuidad del racismo durante la República (donde las clases dominantes no entendieron que mejorar las condiciones de vida globales de los sectores de raza negra

era un elemento clave para hacer más duradera la misma dominación que ejercían) y en los errores o vacilaciones de la Revolución en el enfrentamiento a las variedades del racismo cultural. Por cierto que cada una de las anteriores raíces demanda ser apreciada en su intensidad, pues no fue lo mismo morir bajo un castigo de latigazos en el cepo, que no ser aceptado como vendedor en *El Encanto* o que no dirigir –hoy– una empresa de economía mixta. Son grados distintos de frustración y, sobre todo, de sufrimiento o de sentido último de la negativa.

En cuanto a lo preocupante, no puede sino serlo, pues –al eliminar las causas materiales del racismo– al fin hemos tropezado con el racismo real: el que tiene su apoyo únicamente en lo inmaterial, en las ideas. Esta variedad última (o primordial) del racismo, perversa, universal (en cuanto toca a todo), la mayor parte de las veces intangible, sin rostro ni lugar concreto de emisión, es la más enquistada de todas. Ahora bien, ‘preocupación’ o incluso ‘disgusto’ no son sinónimos de ‘alarma’. Hay que dirigir la mirada hacia múltiples espacios simultáneos, desde la contemplación de parejas interraciales jóvenes hasta ocasiones de interacción (la fiesta, el partido deportivo, la concentración política, la defensa del país, momentos culturales) en los que la pertenencia racial no ha sido el elemento definidor. Dicho esto para enfrentar a la realidad la posibilidad.

- **Jesús Guanche:** Toda manifestación de racismo y discriminación es siempre preocupante, por sutil que sea: un chiste de mal gusto, la designación inadecuada de un dirigente, la poca visibilidad en la televisión, la tendenciosa propaganda para el turismo internacional como si todos fuéramos nórdicos, especialmente en una sociedad como esta donde su formación ha estado matizada por la mezcla humana permanente. Los estudios realizados muestran manifestaciones multidireccionales, lo mismo entre unos respecto de otros o viceversa, incluso a los mulatos/as, discriminantes de negros y de blancos. Nada de eso ayuda al proyecto nacional. Sin embargo, quienes más retoman el tema, por cuestiones obvias, son los intelectuales negros, pero con diversos puntos de vista, lo cual también es importante, pues se enriquece el debate. Desde los que se sienten tan cubanos como el que más, con pleno derecho, hasta los que ahora quieren hacer una conversión identitaria y transformarse en «afro». Esa es una opción, pero puede tener sus peligros. También debemos valorar el trabajo que ya se realiza de manera colegiada para dar solución, sin improvisaciones, precipitaciones ni fanfarrias a muchos problemas. Lo importante de la problemática racial en Cuba es colocarla en la agenda de las principales decisiones políticas y evaluar permanentemente cómo se ha avanzado o no en una u otra dirección.

Las causas del problema son conocidas y han sido estudiadas, especialmente la desigualdad histórica y la desventaja de unos grupos y otros. Sin embargo, la raíz profunda es el acceso o no a un mejor trabajo por un mejor salario y cuando sube el nivel de vida eso influye en la mentalidad, en la percepción propia y de los demás. A ello se une la promoción dirigida a aprovechar las oportunidades.

Todo esto tiene que ver con el modelo de socialismo a la cubana, sus avances y limitaciones, es decir, no solo por el muy conocido y divulgado impacto negativo del bloqueo estadounidense, lo que he denominado en otra ocasión «el premio *Guinness* a la torpeza política», sino por el empecinado autobloqueo, es decir, por la capacidad o limitación propia para destrabar todo lo que atente contra el desarrollo continuado y ascendente del proyecto socialista, pero no de cara al siglo XIX ni a las secuelas burocráticas que aún quedan de Europa del Este, sobre todo en el estilo, sino hacia el siglo XXI, hacia el serio desafío que representa la unión latinoamericana y caribeña. Ojalá que nunca nos ganemos «el premio Guinness al mejor arique» y se puedan desatar definitivamente las fuerzas productivas a la altura del nivel de preparación alcanzado por la población cubana.

Es necesario reiterar que hay aspectos estratégicos de la economía y el desarrollo como la defensa, el orden interior, la salud, la energía, los recursos naturales y otros rubros vitales que son decisivos para cualquier país, que deben ser administrados por el Estado, y hay otros muchos cuya propiedad y actividad puede y debe socializarse, especialmente en muchos servicios, desde cooperativas de taxis, hasta de cafeterías y restaurantes, para ver si así, algún día, los servicios en Cuba se organizan para quienes los reciben y no para quienes los prestan. Esa ha sido una deformación muy grave del modelo cubano, que lamentablemente ya ha influido hasta en la «organización burocrática» de los servicios médicos. Esta red de pequeñas y medianas empresas, apoyadas y controladas por el Estado socialista, tal como ya se ha hecho en China, Vietnam, Venezuela, representa una importante fuente de empleo y de contribución al erario público. Es necesario aspirar a un equilibrio dinámico entre el poder del Estado socialista y el muy debilitado poder de la sociedad civil, es decir, las masas en su socialismo. Si no, no hay diálogo respetuoso y simétrico, sino mandantes y mandados. No hay transparencia informativa, sino opacidad permanente donde lo que no es secreto está fuertemente compartimentado. Esto debilita hasta las propias investigaciones sociales que deben facilitar tomas de decisiones acertadas y ser constantemente previsoras. Atenta incluso contra la propia razón de ser de las ciencias.

- **Rodrigo Espina:** A pesar de que es difícil encontrar en otro país una labor antirracista como la del Estado cubano, no sólo en el plano nacional, sino también en el internacional, labor con una profunda carga humanista que desterró el racismo institucional, las investigaciones realizadas por diferentes instituciones científicas demuestran la persistencia del racismo en Cuba, no sólo como herencia estructural y cultural, sino también con mecanismos de reproducción, principalmente a partir de la crisis de los 90, en todos los grupos poblacionales del país.

Si nuestro socialismo se propone un modelo social cada vez más justo y profundo, esto implica que cualquier problemática que afecte este modelo, que enfrente en algún plano de nuestro devenir nacional a dos o más grupos de población, es inadmisibles y máxime cuando, además, se convierte en un lastre para nuestro desarrollo.

Como fenómeno social, esta problemática no tiene una sola causa, pero podrían señalarse, al menos, tres: la herencia histórica de una cultura estructurada sobre el racismo; una economía que no ha permitido solucionar en el plano objetivo las diferencias entre los grupos por

color de la piel, y una falta de atención particularizada al fenómeno de las desigualdades socioeconómicas de estos grupos, durante las décadas precedentes del período revolucionario. Pudiera añadirse, no menos importante, pero queda fuera del plano de nuestra acción directa, la permanente agresión en los planos político, económico y militar de Estados Unidos hacia nuestro país.

- **Alejandro de la Fuente:** No hay “raza” sin problemática racial. Y en Cuba hay “razas,” es decir, hay la creencia de que existen grupos humanos que pueden ser clasificados, distinguidos, diferenciados, de acuerdo a ciertos atributos físicos. El nivel de desinformación que los cubanos muestran en este tema es, a pesar de su elevado nivel de instrucción, simplemente apabullante. En conversaciones con personas instruidas, incluso doctores en biología, medicina o ciencias afines, he escuchado con frecuencia la afirmación —categórica, desde luego, como suelen ser las afirmaciones de los cubanos— de que la raza es algo biológico, natural, constitutivo. En más de una ocasión me han explicado que la raza es algo que se puede medir y recuperar a través de un análisis de sangre o ADN. Un atributo natural, un elemento biológico, algo que forma parte de nuestra estructura celular. La sugerencia de que se trata de una invención social, de un concepto socialmente construido, de una patraña de occidente, suele provocar incredulidad y sarcasmo, seguida de referencias a la sicklemlia o a otras enfermedades supuestamente típicas de ciertos “grupos raciales.” Reconozco que esta es una apreciación personal, pero es probablemente correcta. Un estudio realizado recientemente por dos médicos cubanos y publicado en la *Revista Cubana de Medicina General Integral* confirma esta apreciación. Ante la pregunta de si las razas humanas existen, el 80 por ciento de los profesionales de la salud entrevistados (médicos, enfermeras universitarias, psicólogos) respondió afirmativamente. Tres cuartas partes de los entrevistados, además, aseguraron que saber la raza del paciente es muy útil para el diagnóstico correcto de una enfermedad.

Si hasta los médicos lo dicen... será verdad. Pero no lo es. Al menos esto es lo que piensa la abrumadora mayoría de los antropólogos, sociólogos, historiadores y biólogos contemporáneos. Esto sugiere que el sistema educativo cubano es una parte importante del problema y que ha contribuido a reproducir el saber racial tradicional. El racismo puede ser enseñado o reproducido de muchas maneras: en un curso de literatura que, a pesar de ser “universal,” se mueve entre Shakespeare y Baudelaire; en un curso de historia de Cuba en el que los negros aparecen sólo como esclavos, entelequias infrahumanas abstractas, sin aspiraciones, culturas o anhelos; o en un curso de geografía en el que el maestro o maestra habla casualmente de las “razas” humanas como si fueran un hecho. Esta es un área en la que es imprescindible realizar investigaciones de inmediato e introducir cambios urgentes.

No hay peor ciego que el que no quiere ver. A pesar de que las muestras de tensión y animosidad racial en la sociedad cubana aparecen por doquier, en el país no se ha producido un debate serio, abierto y participativo, sobre este tema. No es que el tema permanezca en el silencio; el Periodo Especial acabó efectivamente con la ilusión de que los cubanos habitábamos un paraíso racial, una patria igualitaria y fraternal en la que todos somos iguales. Ya nadie se cree el cuento de aquí todos tenemos de congo o de carabalí. A fin de cuentas, lo que más preocupa a los cubanos ahora es saber de qué región de España vino el otro abuelo, para decirlo en el lenguaje siempre bello, siempre cubano, de Guillén. Del abuelo de Calabar nadie quiere saber.

O casi nadie. Desde los 90 un grupo creciente de intelectuales, literatos, músicos, artistas, cineastas, académicos y activistas ha venido denunciando la existencia de prácticas y de expresiones racistas en distintas publicaciones, foros y exhibiciones. Estos intelectuales han planteado la necesidad de recuperar la historia y las culturas de África como algo consustancial a la historia y cultura cubanas. También han planteado la necesidad de reescribir la historia de la nación cubana y de hacerlo de una manera que haga justicia a los africanos y sus descendientes, más allá del meneo y el tambor.

Algunos ven, en estos y otros esfuerzos, un “racismo negro,” expresión que he escuchado con frecuencia incluso en espacios intelectuales públicos. Pero esto es un absurdo. El racismo es por definición un sistema de poder. Pretender que los negros tienen el poder y que lo utilizan para constituirse como grupo subordinado es un disparate. Si los negros tuvieran ese poder —el poder de crear una ideología dominante que justifica las asimetrías sociales— no serían “negros,” con toda la carga peyorativa que tiene ese concepto (o el ser “negro” tendría un significado diferente). Esto no quiere decir que no haya personas que sean racistas y “negras”: desde luego que las hay. Pero no es lo mismo un “negro racista” que un “racismo negro.” El racismo es una creación cultural y científica de Occidente, de los europeos interesados en justificar, por una parte, un orden global que hiciera justicia a sus planes imperiales de expansión y, por otra, que permitiera excluir a importantes sectores de la población de los beneficios de igualdad ciudadana preconizada por el orden liberal. No es casual que la ciencia de la raza haya surgido en las postrimerías del siglo XVIII, cuando todavía se escuchaban las consignas de “igualdad, libertad y fraternidad” proclamadas por los revolucionarios franceses. En ese contexto, lo importante era definir quiénes eran verdaderamente (es decir, biológicamente) “iguales” y por lo tanto acreedores de beneficios sociales como la “libertad” y la “fraternidad.” Para excluir a los africanos y sus descendientes de los beneficios del orden liberal burgués era imprescindible definirlos como naturalmente “distintos” y hacerlo utilizando el lenguaje, supuestamente neutral y objetivo, de la ciencia.

5. ¿Esta problemática racial podrá afectar la integración necesaria para alcanzar un proyecto nacional?

- **Víctor Fowler Calzada:** No es necesario “alcanzar un proyecto nacional” en Cuba, puesto que dicho proyecto nacional ya existe. Otra cosa es silenciar el daño que, a la cohesión dentro de tal proyecto, ocasionan los accionares racistas o suponer que haciendo de la vista gorda los conflictos —en lugar de enconarse— desaparecerán. Incluso es posible imaginar que, en nuestro país y todavía durante largo rato, va a haber acciones animadas por el racismo cultural; más no se trata aquí de celebrar actitudes sumisas ni de lanzar diagnósticos alarmistas, sino de elaborar estrategias sabias de enfrentamiento crítico, de apoyo a los que se encuentren en desventaja y estímulo a los logros que en tales

terrenos se alcancen. Hay que utilizar las instituciones y, en general, a la sociedad en el triple escenario de la crítica, la exigencia y la celebración. Los sistemas de la cultura, la educación, la ideología, la religión y la jurisprudencia son claves para proponernos transformaciones.

- **Jesús Guanche:** El problema es otro y de mayor alcance, el proyecto nacional no puede estar basado en la idea de un país independiente lleno de ciudadanos dependientes, esto es un contrasentido. Si los programas de la Revolución no están encaminados a facilitar espacios de libertad económica, política, social, individual, familiar, comunitaria u otra, el proyecto es un verdadero fracaso. Por eso determinados países de declarada orientación socialista han ido más allá del clásico principio del socialismo marxista decimonónico: «de cada cual según su capacidad a cada cual según su trabajo»; o sea como compromiso individual y se lo han planteado a otros niveles: «de cada comunidad según su capacidad a cada comunidad según su trabajo»; y aquí la proyección se socializa, pues también es poco serio que comunidades que aportan miles de millones a la economía del país vivan por debajo de lo que merecen, o que ellos mismos puedan decidir su desarrollo endógeno, en coordinación con los proyectos de orden nacional que le compete al Estado. Si no qué sentido tiene tantos recursos invertidos en la educación para que otros piensen en tu nombre o a nombre de todos. Si no hay equilibrio dinámico e interactivo entre el poder del Estado y el poder de la sociedad civil el modelo resulta a la larga ingobernable o es otra cosa menos socialismo.

Por eso la problemática racial no solo pasa y afecta el proyecto nacional, sino que de no atenderse inteligentemente puede afectar proyectos de integración grannacional. No por gusto, ni de modo ingenuo, las «benévolas» influencias exógenas en este sentido tratan de convertir en otro, «en afro», a diversas personas negras y mulatas para facilitar becas y conferencias en Estados Unidos de América y otros países y así estar a tono con las ideas del otro, aunque afecten el proyecto nacional y su identidad personal. Es una quintacolumna sonriente. Pero no todo el mundo se deja engañar. Ya resulta que no son negros y negras ni mulatos y mulatas pletóricos de cubanía, sino que de pronto o condicionados por viajes, becas, contratos, se transforman en «afro», para estar a la moda, y, con la mejor de las intenciones, defender los espacios de personas «afrodescendientes», que es el término de moda, propio de otros contextos cuya problemática es muy distinta a la de Cuba. Los visados, sus aceptaciones y denegaciones, pueden ser una fuente para conocer mejor esta cuestión.

El proyecto nacional es una construcción permanente y la oportunidad que se ha presentado en el siglo XXI no se puede desaprovechar. El ALBA, por ejemplo, es un proyecto grannacional de vocación incluyente y este es un tema que deberá formar parte de la agenda de discusión, aunque ya algunos de nosotros lo hemos estado discutiendo en Venezuela, Ecuador y Bolivia, cada uno con sus características, para allanar el camino, independientemente de otros criterios que tratan de manipular las mentalidades con el fin de otrizarnos y convertirnos en lo que no somos. Igual que en la época colonial, resulta ahora que los otrora «indios» y «negros» del imaginario de dominación europeo son «afro» del colonialismo yanqui o gringo, pero solapado en otros comunicadores llenos de «buenas intenciones». Antes era oro por baratijas y hoy son identidades por becas y viajes.

Como puede verse, el tema es muy delicado y queda abierto al debate...

- **Rodrigo Espina:** Si algo puede afectar la integración en aras de lograr el proyecto nacional que hemos forjado dentro de los marcos del socialismo, son las desigualdades, más allá de aquellas que permitan una movilidad social saludable que promueva las mejores capacidades de los individuos. Por esta razón, esa integración pasa por la solución armónica de la problemática racial.

Estimo que, excepto en los momentos iniciales de la Revolución, no ha habido otro en el que, como el actual, estén las condiciones creadas para acorralar el racismo y reducirlo a su mínima expresión, a partir del debate público que se ha generado, del cual esta entrevista/dossier es una muestra, así como de las acciones que se están generando en el país, en diversos planos como el educativo, en los medios de información, en el ámbito académico, entre otros.

En 1791, el padre José Agustín Caballero calificó a la esclavitud como “la mayor maldad civil que han cometido los hombres”; hoy Fidel nos dice que “[e]ntre los más crueles sufrimientos que afectan a la especie humana [...] está la discriminación racial.”¿Continuaremos ejerciendo la misma maldad, nuestra especie seguirá sufriendo este flagelo?

- **Alejandro de la Fuente:** No existe un proyecto nacional. Existen —siempre han existido— proyectos (en plural) de nación. Pero, históricamente, esos proyectos siempre han tenido que ofrecer una lectura, una solución, una visión de la problemática racial. Para decirlo claramente, esos proyectos invariablemente tienen que pronunciarse acerca del papel y el lugar que los negros deben ocupar en la vida nacional. El ideario nacionalista cubano, formado en las guerras de independencia por negros y blancos y sistematizado por José Martí de forma brillante a finales del siglo XIX, ofrece una visión integradora y racialmente igualitaria de la nación. Pero siempre han existido proyectos alternativos de nación, basados en la desigualdad y la subordinación de los negros. Por ejemplo, muchos de los miembros del Partido Autonomista durante el periodo colonial tardío, o del Partido Conservador durante los primeros años de la república, preconizaron la necesidad de limitar los derechos electorales de los analfabetos y los pobres. Era un proyecto de nación en el que los negros (la mayoría de los cuales eran analfabetos y pobres) serían excluidos de derechos ciudadanos básicos, como el derecho al voto. Este proyecto nacional, restrictivo, racista y elitista, fue después reciclado y revitalizado por algunos grupos reaccionarios durante la llamada Revolución de 1933, en particular por el Ku Klux Klan Kubano (KKKK) y por la agrupación ABC. Uno de los líderes de esta agrupación, el intelectual Jorge Mañach, aseguraba que el “perfeccionamiento” constante de los negros era el único camino para que los mismos pudieran participar, en pie de igualdad, en la vida cubana. La implicación, desde luego, es que los negros eran imperfectos (incultos, incivilizados, ignorantes) y que merecían, por lo tanto, ser excluidos del disfrute de ciertos derechos ciudadanos.

No es casual que estemos asistiendo a un nuevo ciclo de discusión sobre nación, integración y raza. Los debates sobre raza y nación se agudizan en momentos de transformación y crisis y Cuba atraviesa, una vez más, uno de esos momentos. Tras los debates contemporáneos sobre “raza” y sobre “los negros” subyacen proyectos alternativos de nación. Muchos de estos proyectos tienen elementos en común, pero también contienen diferencias, no siempre explícitas. No es lo mismo, por ejemplo, imaginar una nación que se comprometa con la igualdad en abstracto, que una nación en la que la igualdad racial efectiva y verdadera se constituya en objetivo central. Cada una de estas visiones tiene consecuencias económicas, sociales y políticas concretas. Mi voto está claro: yo voto, si me dejan, no sólo por una nación racialmente igualitaria, sino por una nación que tenga el valor de pararse ante el espejo, identificar sus problemas y convocar a un debate público, constructivo y plural, sobre los mismos.

El investigador Tomás Fernández Robaina decidió dar una sola respuesta a todas las preguntas del dossier. A continuación sus opiniones:

- Aplaudo ampliamente que la dirección de esta revista facilite sus páginas para que los lectores habituales de ella conozcan los diversos criterios de escritores, y especialistas que han reflexionado sobre dicha temática, considerada por muchos como un fenómeno social muy sensible, como se suele decir, al hablar de las relaciones raciales en nuestro país. Por lo general, se circunscribe a las relaciones entre negros y blancos por ser históricamente los dos núcleos poblacionales mayoritarios de nuestra sociedad, sin que se soslayen las actitudes discriminatorias hacia los chinos, los judíos, los españoles, denominados todos gallegos, independientemente de que fueran vascos, catalanes, asturianos, canarios o andaluces.

A más de 100 años de abolida la esclavitud, y a 50 del triunfo revolucionario, debería estar bien sabido, cuáles son los aportes que los esclavos africanos y sus descendientes hicieron a la formación de nuestra cultura y nacionalidad, y por lo tanto, ampliamente consensuado entre nuestros graduados de nivel medio, entre los del nivel universitario y los pertenecientes a la comunidad intelectual, vinculada directamente con los medios masivos de comunicación. ¿Cómo puede seguirse formulando tal interrogante después de las contribuciones desde la Isla de Fernando Ortiz, el pionero en esa dirección, seguidas por las de Lydia Cabrera, Rómulo Lachatañeré, Gustavo E. Urrutia, Elías Entralgo, Argeliers León, José Luciano Franco, Rogelio Martínez Furé, Lázara Menéndez, Denis Moreno, Carmen Montejo, Natalia Bolívar, Isaac Barreal, y Walterio Carbonell, entre otros.

La historia de los primeros años del período revolucionario evidencia que la problemática social de la población afrodescendiente no fue atendida con la particularidad debida. Se consideró que la discriminación racial del negro desaparecería por generación espontánea como consecuencia del cambio de la estructura social prevaleciente en nuestra sociedad hasta 1959. Sin duda alguna un criterio llanamente subjetivo que ha sido reconocido por historiadores, antropólogos, sociólogos y además, por los líderes principales y dirigentes de la Revolución.

Otro elemento que debe tenerse en cuenta radica que en aquellos primeros momentos la batalla más importante era impedir que los batistianos y los que se oponían al nuevo orden social, apoyados por Estados Unidos, lograran destruir al joven Estado y Gobierno Revolucionario.

Fue evidente que ante esa disyuntiva se consideró estratégicamente no apropiado ampliar y profundizar la lucha contra el racismo y sus secuelas: los prejuicios y la discriminación. Esa decisión se tomó al estimarse que la adopción de una política y medidas más radicales podía poner en peligro la unidad tan necesaria de los que apoyaban el proceso revolucionario. Por tal razón, se adoptó la fórmula preconizada desde la colonia, la cual no había dado todo el resultado esperado en la lucha por los derechos de los cubanos negros durante los primeros 56 años de República Constitucional: educación y tiempo.

Tampoco se le prestó la atención debida a algunas de las propuestas publicadas en 1959 y otras debatidas en los eventos y seminarios que se efectuaron como respuestas al llamado del comandante Fidel Castro para encontrar soluciones para combatir al racismo, llamado efectuado en marzo de ese mismo año.

No tengo duda al decir que no fueron pocos los cubanos negros, al igual que los cubanos blancos provenientes de todas las clases y sectores sociales, que aprovecharon las posibilidades de acceder a los diferentes niveles de la enseñanza como un modo de acceder y contribuir a la política revolucionaria para el desarrollo económico, científico, técnico y cultural. De ese total de hombres y mujeres, probablemente un buen por ciento está entre los pertenecientes a los afrodescendientes. ¿Pudiera saberse cuántos de ellos cursaron estudios en los países socialistas, en Cuba? ¿Cuántos de ellos se graduaron de la enseñanza superior, de la media? ¿Cuáles fueron las carreras universitarias y de nivel medio en las que se profesionalizaron?

Debo recordar la opinión de Juan Gualberto Gómez al considerar que el problema principal que la población negra enfrentaba era la diferencia de origen. El blanco había venido como representante del poder económico y político, el negro había venido como esclavo, como un instrumento de trabajo, que no fue considerado como parte de la nacionalidad y de la cultura cubana por los siempre reconocidos fundadores de nuestra identidad nacional.

La abolición de la esclavitud no generó programas amplios para que los ex esclavos y los ya libres pudieran superarse e incorporarse al progreso, a la llamada civilización eurocéntrica. No había entonces una alta estima de ser negro, y no hay duda de que los negros que integraban su llamada burguesía, era porcentual y numéricamente ínfima, cuando se tiene en cuenta el total de dicha población. Más que respuestas, me vienen preocupaciones, nuevas interrogantes. Si bien es posible que en los primeros momentos hubo un aprovechamiento, un

acceso mayor de los afrodescendientes a todas las oportunidades abiertas por la Revolución, ¿Por qué ese acceso comenzó a disminuir con posterioridad, como bien se evidencia en algunos estudios presentados como ponencias? ¿Cuántos afrodescendientes provenientes de los sectores populares, algunos considerados sectores marginados, de las zonas rurales y urbanas son ahora profesionales o trabajadores calificados? ¿En qué períodos fue mayor su incorporación a la enseñanza superior, a la media?

¿Es posible que el sector negro de nuestra población que arrastra la objetiva diferencia de origen con todas las secuelas que eso implica, pudiera no estar afectado por dicha crisis económica? Los cubanos blancos conforman la mayoría de los dueños y chóferes particulares de los llamados almendrones, así como de las casas legalmente alquiladas a los turistas. El porcentaje y número de afrodescendientes en el sector turístico, es mínimo, y aún hay menos en sus niveles de dirección. Diversos estudios realizados por el Instituto de Antropología y otras instituciones investigativas corroboran lo que también a simple vista se puede apreciar.

En Cuba no hay vergüenza de ser calificado machista, homofóbico; reconocerse públicamente como racista es más difícil, aunque estoy seguro que todos tenemos algún conocido que en determinado momento hace gala de su racismo, como alguien que me comentó en una ocasión ser muy revolucionaria, pero que no le perdonaba a Fidel que hubiera bajado a los negros de la mata, u otra que alegaba que ella no criaba a su niña para que se fuera a restregar en un baile con un negro.

Pesquisas llevadas por instituciones o como contenido de tesis de licenciaturas, de maestrías y de doctorado, reflejan diferentes aspectos del negro en el imaginario popular, materializados en chistes, y en expresiones cotidianas no siempre visualizadas, como expresiones racistas por el emisor y por el receptor. En toda nuestra historia, como objetiva expresión del materialismo dialéctico se han apreciado posiciones racistas y antirracistas de diferentes niveles, segregacionistas e integracionistas, de inclusión y de exclusión.

Considero que la tendencia predominante es la de la convivencia fraternal, de la unión interracial, cultural y sexual, así como de respeto hacia la religiosidad de origen afrocubano, surgido todo lo anterior como consecuencia de la larga y profunda interrelación e influencia recíproca entre los cubanos negros y los cubanos blancos y la labor de no pocos intelectuales de ambas razas en esa dirección. Pero es muy objetiva la posibilidad de la existencia de individuos en determinados sectores, tantos cubanos negros como blancos, que mantengan criterios opuestos, e incluso que algunos sigan pensando en “adelantar la raza físicamente”, y rechazar toda manifestación popular de la cultura y religiosidad tradicional de origen africano.

La preocupación justa que sale al observar y analizar esa realidad radica en el temor de que especialistas y dirigentes con poder de decisión, conscientes o inconscientemente, tomen medidas que beneficien el incremento de los elementos, sutiles o no, reproductores del racismo. Por eso es tan saludable la adopción de medidas preventivas que ayuden y fortalezcan la lucha contra los prejuicios y la discriminación racial y por la más justa valoración y conocimiento de los aportes de origen africano, como históricamente se hizo con los hispánicos, ampliando esa posición a las contribuciones de otros pueblos y culturas que conjuntamente con la africana y la hispánica han conformado la actual nacionalidad y cultura de nuestro país.

Sería redundante abordar con amplitud las dos antepenúltimas interrogantes ya que está bien claro en todo lo dicho hasta aquí: existe la problemática racial y su causa comienza con la diferencia de origen, ya señalada, problemizándose de forma muy compleja en correspondencia con las diferentes etapas por las cuales dicho fenómeno ha transitado hasta hoy.

La última interrogante me lleva a considerar que quien la formuló estima que nuestra nacionalidad está urgida de un proyecto. ¿Proyecto nuevo? ¿Hay duda de que ya tenemos una nacionalidad, una cultura cubana conformada con los aportes fundamentales venidos de nuestros aborígenes, de Europa, del África, del Caribe? ¿Cómo es posible vislumbrar que la problemática racial afectaría ahora un proyecto nacional, después de todo el recorrido social, cultural e histórico transitado por blancos y negros en nuestro país? ¿Qué temor o temores se esconden y no se dicen abiertamente ante esa preocupación? ¿Es que blancos y negros no estamos ya integrados objetivamente?

Por favor, tengamos bien presente que la población negra de Cuba nunca planteó privilegios y derechos teniendo en cuenta el color de la piel, ni las expresión más radical de su movimiento social, el Partido Independiente de Color, puede ser acusado de demandas sociales exclusivas para los negros, como bien se puede corroborar por el análisis de su programa. El que más cerca estuvo de ese propósito fue Juan René Betancourt con su nueva versión del desarrollo económico separado del negro, muy a la cubana, pues no había mucha posibilidad de tal éxito, al no contar la pequeña burguesía negra con todo el capital necesario para tan magno empeño.

No olvidemos que cuando surgieron los ideólogos del sistema esclavista y comenzaron a divulgar la idea de la nación, de esa concepción fueron excluidos los negros, aunque fueran negros criollos, al contrario de los blancos, incluidos todos, fueran españoles o criollos. A pesar de ese hecho, por muy complejas situaciones la mayoría de los negros de nación y criollos se sumaron abiertamente a la Guerra de los Diez Años como un modo de lograr su libertad, los que eran aún esclavos, pero otros, ya libres, se sumaron a las tropas mambisas. Una contienda iniciada como un modo de lograr más beneficios económicos y políticos de España para los esclavistas y terratenientes criollos, que no había tenido como uno de sus objetivos la abolición de la esclavitud, propició que ocho años después de concluida la guerra grande y de finalizada la guerra chiquita comenzara, en 1880, el proceso final de la abolición, que concluyó en 1886.

Para suscribirse al *Suplemento Digital*, enviar su e-mail a:

espaciolaical@arzhavana.co.cu

La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org,
y adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso)

e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.

CRÉDITOS: Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga y Lenier González. // Diseño: Ballate-ManRoval